

raíz. Se vieron flotar sucesivamente sobre las aguas una tabla trabajada con un hacha, un bastón artísticamente cincelado, una rama de oxiacanto en flor, y un nido de pájaros suspendido en una rama rota por el viento, lleno de huevos á los cuales cubría la madre todavía al dulce arrullo de las olas. Los marineros llevaron á bordo estos testigos escritos, parlantes ó vivientes, de una tierra cercana; eran las voces de la ribera que confirmaba las de Colon; antes de contemplar la tierra con los ojos del rostro, se la deducía por estos indicios de vida. Los sediciosos se prosternaron delante del almirante ultrajado el día anterior, é imploraron el perdón de su desconfianza, y entonaron el himno de reconocimiento á Dios que los había asociado á su triunfo.

La noche sorprendió estos cantos religiosos que saludaban un nuevo mundo. El almirante mandó cargar las velas, sondar delante de las naves, navegar con lentitud temiendo los escollos, convencido de que las primeras claridades del crepúsculo descubrirían la tierra bajo las proas de sus bageles. Nadie dormía en esta noche suprema. La intranquilidad del espíritu había quitado la necesidad del sueño á todos los ojos; los pilotos y los marineros suspendidos en los mástiles rivalizaban su atención para lanzar la primera mirada sobre el nuevo hemisferio; el almirante había ofrecido un premio á aquel que lanzara el primer grito de tierra si la tierra en efecto reconocida verificaba su descubrimiento; pero la Providencia, sin embargo, le reservaba también esta primera mirada, que había comprado al precio de veinte años de su vida y de tanta constancia y peligros. Paseándose solo á media noche sobre la toldilla de su nave, y sumergiendo su mirada perspicaz en las tinieblas, una luz de fuego pasó, se apagó y volvió á pasar por delante de sus ojos al nivel de las olas. Temiendo haberse engañado por un deslumbramiento ó por una fosforescencia del mar, llamó en voz baja á un page de la corte de Isabel llamado Gutiérrez, en el cual tenía más fe que en sus pilotos. Le indicó con la mano el punto del horizonte donde había entrevisto un fuego, y le preguntó si no distinguía una luz hacia aquella parte. Gutiérrez contestó que veía en efecto centellear una luz fugitiva en aquella dirección. Colon, para confirmarse más en su convicción, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, otro de sus confidentes: Sanchez, lo mismo que Gutiérrez, aseguró que distinguía una claridad en el horizonte. Pero no bien aparecía este fuego, cuando desaparecía para reaparecer en una emersión alternativa del Océano, ora fuese la llama de una hoguera sobre una playa baja, descubierta y cubierta á la vez por el ondulante horizonte de las grandes olas, ora fuese el fanal flotante de una canoa de pescadores, á la vez elevada sobre la cresta y sumergida en el cruzamiento de las olas. Así la tierra y la vida

aparecieron á un tiempo á Colon y á sus dos confidentes bajo la forma del fuego en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492. Colon ordenando el silencio á Rodrigo y á Gutiérrez, encerró en sí mismo su vision temiendo dar otra vez una falsa alegría y una amarga decepcion á sus equipages. Perdió de vista la luz, y veló hasta las dos de la mañana, rogando, esperando y desesperando solo sobre el puente entre el triunfo ó el regreso, todo lo cual iba á decidirlo pronto la aparición del siguiente día.

X.

Sumergido se hallaba en aquella angustia que precede á las grandes cosas, cuando un cañonazo que retumbó en el Océano á algunos centenares de brazas de su nave, resonó como el ruido de un mundo en su oído, y le hizo estremecer y caer de rodillas sobre la toldilla. Era el grito de tierra lanzado por el bronce, señal convenida con la *Pinta* que navegaba á la cabeza de la flota, para alumbrar el camino y sondar la mar. A este ruido, un grito general de tierra estalló en las tres naves, todos esperaban la aurora. El misterio del Océano había dicho su primer palabra en el seno de la noche, y el día iba á revelarlo todo: los perfumes más suaves y desconocidos llegaban hasta los bageles con la sombra de una costa, el ruido de los arrecifes y el viento de tierra. El fuego percibido por Colon anunciaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilización. No hubo noche que caminara más lenta para descubrir el horizonte, pues este horizonte era para los compañeros de Colon y para él mismo una segunda creación de Dios.

XI.

El crepúsculo, esparciéndose por el aire hizo poco á poco surgir las formas de una isla del seno de las olas; sus dos estremidades se perdían en las brumas de la mañana. Su costa baja se elevaba en anfiteatro hasta la cima de las colinas, cuyo sombrío verdor contrastaba con la limpidez azul del cielo: á algunos pasos de la espuma de las olas moribundas sobre una arena amarilla, bosques de árboles magestuosos y desconocidos se estendían confusamente por las sucesivas desigualdades de la isla. Distinguíase anunciando informemente los misterios de la soledad. Se entreveían habitaciones diseminadas, semejante á chozas por su forma especial y por sus techos de hojas disecadas; grandes columnas de humo se ele-

vaban por acá y por allá en las cimas de los bosques; grupos de hombres, de mugeres y niños, asombrados más que asustados; se mostraban casi desnudos entre los troncos de los árboles más cercanos á la ribera, que se adelantaban tímidamente, se retiraban, atestiguando con sus gestos y con sus actitudes cándidas, tanto el temor, como curiosidad y admiración al aspecto de estos navegantes y de estos extranjeros conducidos allí por las aguas del mar.

XII.

Colon, después de haber contemplado en silencio esta primera ribera avanzada de la tierra tan á menudo construida en sus cálculos, y tan magníficamente colorida en su imaginación, la encontró superior todavía en sus pensamientos. Ardía en deseos de sentar el primer pie de un europeo sobre aquella arena y de atravesarla, con el signo de la cruz y con la bandera española, estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de sus soberanos por su genio; pero se contuvo y contuvo en su tripulación aquel apresuramiento de llegar á la ribera queriendo dar á esta toma de posesión de un nuevo mundo la solemnidad del más grande acto llevado á cumplimiento término por un navegante, y llamar en defecto de los hombres, á Dios y á los ángeles, al mar, á la tierra y al cielo en testimonio de su conquista sobre lo desconocido.

Se revistió con todas las señales de sus dignidades de almirante del Océano y de virey de las monarquías futuras; desplegó su manto de púrpura, y tomando en su mano derecha la bandera bordada con una cruz, donde las cifras de Fernando é Isabel, entrelazadas como su reino, se veían con sus coronas, descendió á su chalupa, y se adelantó, seguido de las chalupas de Alonso Pinzon y de su hermano, sus dos tenientes, hacia la ribera. Al saltar en tierra se postró de rodillas para consagrar por un acto de humildad y de adoración, el don y la gracia de Dios en esta nueva parte de sus obras. Besó la arena, y con su rostro sobre la yerba lloró. Lágrimas de doble sentido y de doble angurrio, que humedecían por vez primera, el suelo de este hemisferio visitado por hombres de la antigua Europa; lágrimas de alegría para Colon que revelaban á la vez un corazón soberbio, reconocido y piadoso; lágrimas de duelo para aquella tierra virgen que parecían presagiar las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que llevaban estos extranjeros con su orgullo, sus ciencias y su dominación; Colon derramaba estas lágrimas; más era la tierra la que debía llorar.

XIII.

«Eterno Dios y Todopoderoso, esclamé Colon al levantar su frente del suelo, con un rezo latino que nos ha sido conservado por sus compañeros; Dios, que por la energía de tu palabra creadora, has hecho el firmamento, el mar y la tierra, ¡bendito sea tu nombre y por todos glorificado! ¡Que tu magestad y tu soberanía universal sean exaltadas de siglo en siglo, pues has permitido que por el más humilde de tus esclavos tu nombre sagrado sea conocido y propagado en esta mitad del mundo, hasta hoy oculta, de tu imperio!»

Después bautizó esta isla con el nombre de Cristo, la isla de *San Salvador*.

Sus tenientes, sus pilotos, sus marineros, embriagados de alegría y penetrados de un respeto sobrehumano hacia aquel que había visto más allá del horizonte visible y á quien ultrajaban la vispera con la desconfianza, vencidos por la evidencia y humillados por aquella superioridad que prosterna al hombre, cayeron á los pies del almirante, besaron sus manos y sus vestidos y reconocieron un momento la soberanía y casi la divinidad del genio; víctimas ayer de su obstinación y hoy compañeros de su constancia y resplandecientes de la gloria que hacia poco blasfemaban!

XIV.

Durante la ceremonia de la toma de posesión, los habitantes de la isla detenidos primero á cierta distancia por el terror, atraídos después por aquella curiosidad instintiva, primer vínculo del hombre al hombre, se habían ido acercando más. Se preguntaban mutuamente acerca de los espectáculos maravillosos de aquella noche y de aquella aurora. Aquellas embarcaciones que maniobraban con sus velas, con sus entenas y sus vergas como miembros inmensos, desplegándose y replegándose á impulsos de un pensamiento interior, les habían parecido seres animados y sobrenaturales, descendidos durante las tinieblas del firmamento de cristal que rodeaba su horizonte, habitantes del cielo flotando con sus alas y marchando á su gusto sobre las riberas de los mares; eran dioses. Sobrecogidos de respeto en presencia de las chalupas que llegaban á su isla y de los hombres vestidos con telas brillantes y ciñendo armas donde la luz reverberaba, concluyeron por acercarse, como fascinados por su poder. Los adoraban y los imploraban con la candidez de los niños que no sospechan el mal bajo el atractivo. Los españoles, examinando-

los á su vez, se admiraban de no encontrar en estos insulares ninguno de los caracteres físicos de conformacion y de color de las razas africanas, asiáticas, europeas, que ellos tenían la costumbre de frecuentar. Su tez cobriza, su flexible cabellera y esparcida en ondas sobre sus hombros, sus ojos sombríos como su mar, sus facciones delicadas y afeminadas, su fisonomía confiada y franca, su desnudez, en fin, y los dibujos de colores con que tenían sus miembros revelaba en ellos una raza enteramente distinta de las familias humanas esparcidas sobre el antiguo hemisferio, raza que conserva todavía la sencillez y la dulzura de la infancia, olvidada durante muchos siglos en este fondo ignorado del mundo, habiendo á fuerza de ignorancia, conservado la sencillez, el candor y la dulzura de los primitivos dias.

Persuadido Colon de que esta isla era un apéndice avanzado del Océano de las Indias, hácia las cuales creía siempre navegar, les dió el nombre imaginario de indios, que han conservado hasta su estincion, por un error de la lengua que ha sobrevivido al error del navegante

XV.

Bien pronto estos indios, comunicándose con sus huéspedes, les mostraron sus manantiales, sus habitaciones, sus pueblos, sus embarcaciones, les trajeron en tribu sus frutos alimenticios, su pan, que renovó los viveres de los españoles, y algunos ornamentos de oro puro que llevaban suspendidos en sus orejas, en las narices, como tambien brazaletes y collares que ceñían el cuello y las piernas de las mugeres. Ignoraban el comercio y el uso de la moneda; este suplemento venal, pero necesario á la virtud de la hospitalidad; recibían en cambio con alegría los mas insignificantes objetos, y aun los mas usuales de los europeos. La novedad constituía á sus ojos el precio de todas las cosas. *Raro y precioso* es la misma palabra en todo el universo. Los españoles que buscaban el pais del oro y de las pedrerías, se informaron por signos de los lugares de donde procedía el metal. Los indios les mostraron el Mediodía: el almirante y sus compañeros creyeron comprender que habia allí una isla ó un continente de las Indias que correspondía por sus riquezas y por sus artes á las maravillosas relaciones de Marco Polo, el veneciano. Esta tierra, á la cual se creían cercanos, era, según ellos, la isla famosa de *Cipangú* ó del *Japon*, cuyo soberano hollaba con sus pies planchas formadas con placas de oro. La impaciencia de volver á emprender su curso hácia el objeto de su quimera ó de su avidez los obligó á volverse á embarcar prontamente: se abastecieron de agua fresca de los arroyos de la isla, y carga-

ron sus puentes con los frutos del pais, presentes de estos felices y pobres indios. Se llevaron consigo á un negro para que les enseñase su lengua y para que les sirviera de intérprete.

XVI.

Al volver á la isla de *San Salvador* se encuentran como extraviados en los canales de su archipiélago, compuesto de mas de cien islas desiguales en estension, pero todas bajo el aspecto mas risueño por su juventud y por la fecundidad de su vegetacion. Llegaron á la mas vasta y á la mas poblada. Se vieron rodeados de canaas fabricadas en un solo tronco de árbol, y comerciaron con los habitantes, dando sus botones en cambio de oro y perlas preciosas. Su navegacion y sus dilaciones en medio de este laberinto de islas desconocidas no fué para ellos mas que la repeticion de su arribada á *San Salvador*. La misma curiosidad inofensiva los acogía por todas partes; se enamoraron del clima, de las flores, de los perfumes, de los colores, del plumage de las aves desconocidas, que cada uno de estos oasis presentaba á sus sentidos; pero su mente, preocupada con un solo pensamiento, esto es, con el descubrimiento del pais del oro, con lo que ellos presumían la estremidad del Asia, les hacía menos sensibles á estos tesoros naturales, y les impedía sospechar el inmenso y nuevo continente, cuyo punto avanzado eran estas islas. A los signos y á las miradas de estos indios, que le indicaban una region mas espléndida todavía que su archipiélago, Colon hizo vela hácia la costa de *Cuba*, á donde llegó á los tres dias, sin perder de vista las islas encantadoras de Bahama, que señalaban su camino.

Cuba con sus costas sin límites, unida á sus montañas que se confundían con el cielo, con sus embocaduras de rios, con sus golfos, sus radas, sus bosques, sus aldeas, le recordó con rasgos mas magestuosos la antigua Sicilia. Dudó si era un continente ó una isla; echó el áncora en un lecho sombrío de una vasta ribera, descendió á tierra, recorrió los bosques de palmeras, las aldeas y las chozas de sus habitantes. Una cuebra de cascabel fué el único ser viviente que halló en estas habitaciones abandonadas á su aproximacion. Volvió á embarcarse y tornó con sus bageles al lecho de la ribera sombreada de palmeras de anchas hojas y de árboles gigantescos cubiertos á la vez de frutos y de flores. La naturaleza parecia haber tenido cuidado de prodigar por sí misma y sin trabajo á aquellos felices habitantes los alimentos de la vida. Todo recordaba el paraíso de los sagrados libros y de los poemas. Los animales inofensivos, las aves de pintadas plumas, los papagayos gritaban, cantaban de rama en rama,

ma, insectos luminosos hendían el aire; el sol temperado por el aliento de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, lo fecundaba todo sin calcinar nada, la luna y las estrellas reverberaban durante las tinieblas con esplendores y rayos de claridad dulce, que arrebatava su terror á la noche. Un regocijo general exaltaba el alma y los sentidos de Colon y de sus compañeros. Verdaderamente, aquella era una tierra mas virgen y mas maternal al mismo tiempo que la antigua, de la cual habia venido. « Es la isla mas bella, escribe Colon en sus notas, que jamás ha contemplado la mirada del hombre. Se querria vivir allí siempre; allí no se concibe la muerte ni el dolor.»

El olor de las especias que llegaba desde lo interior hasta sus naves, y el encuentro de aquellos lugares que producen las perlas, desde la ribera le persuadian cada vez mas de que Cuba era un apéndice del Asia. Imaginaba que detrás de las montañas de estas islas ó de este continente, pues era todavía incierto si Cuba tenia ó no la tierra firme, encontraría los imperios, la civilizacion, las minas de oro y las maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban el Cathay y el Japon. No pudiendo reunir á los naturales, que huían todos de la costa á la aproximacion de los españoles, envió á dos de sus compañeros, de los cuales el uno habia hebreo y el otro árabe, en busca de aquellas capitales, donde conjeturaba que el soberano de Cathay tenia su residencia. Estos embajadores iban cargados de presentes para los indígenas; llevaban orden de no dar estos regalos mas que á cambio de oro, cuyo manantial suponían que estaba en lo interior de esta tierra.

Los enviados volvieron á las naves sin haber descubierto otra capital que chozas de salvajes y una naturaleza pródiga en vegetacion; en perfumes, en flores y en frutos. Habían logrado atraer á fuerza de presentes á algunos de los naturales, y los traían consigo hácia donde estaba el almirante. El tabaco del cual fumaban los habitantes, la patata, raiz harinosa que se convertía en pan preparada á la ceniza, el maíz, el algodón hilado por las mugeres, las naranjas, los limones, los frutos anónimos de sus vergeles eran los únicos tesoros que habían encontrado en derredor de las habitaciones diseminadas por grupos en aquellas llanuras.

Desconcertado el almirante en sus sueños de oro, dando fe á los indígenas mal comprendidos, dejó á su pesar esta residencia encantada para dirigirse hácia el Este, en donde siempre colocaba su fabulosa Asia. Embarcó algunos hombres y algunas mugeres de Cuba, mas atrevidos y mas confiados que los otros, para que le sirvieran de intérpretes en las tierras vecinas que se proponía visitar, para convertirlos á la fe, y para ofrecer á Isabel estas almas rescatadas, según él, por su generosa empresa.

Persuadido de que Cuba, cuyos límites no habia distinguido, formaba parte de la tierra firme de Asia, bogó algunos dias á poca distancia del verdadero continente americano sin verle. La envidia, que debía emponzoñar sus dias, habia nacido en el alma de sus compañeros el mismo dia en que sus descubrimientos coronaron el pensamiento de su vida entera. Américo Vespucio, florentino oscuro, embarcado en una de sus naves, debía dar su nombre á este mundo, hácia el cual solo Colon le habia guiado. Vespucio no debió esta fortuna de su nombre mas que á la casualidad y á sus viages subsecuentes con Colon hácia estos mismos parages. Teniente subalterno y subordinado al almirante, no procuró nunca arrebatarle esta gloria. El capricho de la fortuna se la dió, sin que él procurase nunca engañar la opinion de Europa, y la rutina se la conservó. El nombre del gefe fué desheredado del honor de nombrar un mundo, y el nombre del subordinado prevaleció. Escarnio de la gloria humana, de la que fué victima Colon; pero de la que Américo no fué menos culpable. Se puede reprochar una injusticia y una ingratitude á la posteridad; pero no puede reprocharse una usurpacion voluntaria al feliz piloto de Florencia.

XVII.

Pero esta envidia, que nace en el corazon de los hombres el dia mismo del triunfo, abrasaba ya el corazon del principal teniente de Colon, Alonso Pinzon, comandante de la *Pinta*, segunda nave de la escuadra; Pinzon, cuyas velas avanzaban mas ligeras que las otras dos, fingió extraviarse en las tinieblas de la noche, y desapareció de la vista de su gefe.

Habia resuelto aprovecharse del descubrimiento de Colon para descubrir él mismo, sin genio y sin esfuerzos, otras tierras, y despues de dárles su nombre, volver el primero á Europa á usurpar la flor de la gloria y de las recompensas debidas á su maestro y á su guia en navegacion.

Colon habia advertido ya hácia dias la envidia y la insubordinacion de su teniente; pero debía mucho á Alonso Pinzon, pues á no ser por él, por sus estímulos y su auxilio en Palos, jamás habria llegado á tripular sus buques y á enganchar á sus marineros. El reconocimiento le habia impedido mostrarse severo contra las primeras insubordinaciones de un hombre de quien tanto habia recibido. El carácter tolerante, modesto y magnánimo de Colon, le apartaba de todo rigor odioso. Lleno de justicia y de virtud, contaba con que los demás volvieran á los sentimientos de justicia y de virtud. Esa bondad que Alonso Pinzon tomó por debilidad, le alentaba á ser ingrato.

y se lanzó osadamente entre Colon y los nuevos descubrimientos que había resuelto arrearle.

XVIII.

El almirante se apesadumbró, entrevió el crimen, aparentó creer un extravío involuntario de la *Pinia*, y haciendo rumbo con sus dos barcos al Sud-Este, hacía una sombra inmensa que divisaba en el mar, abordó a la isla *Española*, llamada después Santo Domingo. A no ser por aquella nube que rodeaba las montañas de Santo Domingo que le hizo virar de bordo, habría llegado al continente. El archipiélago americano seduciéndole y estraviéndole de isla en isla, parecía apartarle a placer del objeto a que tocaba sin advertirlo. Esta fantasma del Asia que le había conducido a orillas de América, se interponía ahora entre la América y él para arrebatarle con una quimera la gran realidad.

XIX.

Aquella tierra nueva, risueña, fecunda, inmensa, anegada en una atmósfera de cristal y bañada por un mar cuyas olas arrastraban aromas, se le apareció como la isla maravillosa, desprendida del continente de las Indias que buscaba a través de tantas distancias y peligros, bajo el nombre quimérico de la isla de Cipangu. Dióle el nombre de la *Española*, para marcarla con el signo eterno de su patria adoptiva. Los indígenas, sencillos, afables, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel a la ribera, como para acoger a criaturas de una naturaleza superior, que un prodigio celeste les enviaba desde los límites del horizonte ó desde el fondo del firmamento para ser adoradas y servidas por ellos como si fueran dioses. Una población numerosa y feliz cubría a la sazón las llanuras y los valles de la *Española*. Los hombres y las mugeres eran tipos de fuerza y de gracia. La paz perpétua que reinaba entre sus tribus, imprimía en sus fisonomías un carácter de dulzura y bondad. Sus leyes no eran mas que instintos benévolos constituidos en tradiciones y en costumbres. Asemejábanse a un pueblo niño cuyos vicios no habían tenido aun tiempo para desarrollarse, y al que bastaban para gobernarle las inspiraciones de una naturaleza inocente. Conocían de la agricultura, la horticultura y las artes, todo lo necesario para la administración, la habitación y las primeras necesidades de la vida. Sus campos estaban admirablemente

cultivados. Sus moradas elegantes, agrupadas en aldeas a orillas de bosques de árboles frutales en la proximidad de los ríos ó de los manantiales. Sus vestidos, bajo un cielo templado que no les hacía sentir los extremos del frío ni del calor, solo consistían en adornos destinados a embellecerlos, en telas de algodón, esterillas y en ceñidores suficientes para velar su pudor. Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas. Era la familia acrecentada por la serie de las generaciones, pero agrupada siempre en torno de un jefe hereditario llamado cacique. Estos caciques eran los jefes, no los tiranos de su tribu. Las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables y protectoras como una ley divina, eran superiores a aquellos pequeños reyes. Autoridad enteramente paterna por una parte y filial por otra, contra la cual parecía desconocida la rebelión.

Los naturales de Cuba, a quienes había embarcado Colon con él para que le sirviesen de guías y de intérpretes en aquellos mares y en aquellas islas, principiaban a comprender la lengua de los europeos, y entendían a medias la de los habitantes de la *Española*, rama desprendida de la misma raza humana. De ese modo establecieron relaciones de inteligencia entre Colon y el pueblo que acababa de visitar.

XX.

Los pretendidos indios condujeron sin desconfianza a los españoles a sus casas, presentándoles el pan de cazabe, los frutos desconocidos, los peces, las sabrosas raíces, las aves domésticas de rico plumage, de canto melodioso, las flores, las palmas, las bananas, los limones, todos los dones del mar, del cielo, de la tierra, del clima. Tratáronles como a huéspedes, como a hermanos, casi como a dioses.

«La naturaleza, dice Colon, es aqui tan pródiga, que la propiedad no ha creado el sentimiento de la avaricia ó de la codicia. Estos hombres parecen vivir en una edad de oro, felices y tranquilos en medio de jardines abiertos y sin límites que ni están rodeados de fosos, ni divididos por empalizadas, ni protegidos por paredes. Proceden lealmente unos con otros sin leyes, sin libros y sin jueces. Miran como a un malvado al que se complace en hacer mal a los demás. Ese horror de los buenos contra los malos parece ser toda su legislación.»

Su religión no era otra cosa que el sentimiento de inferioridad, de reconocimiento y de amor, hacía el ser invisible que les había prodigado la vida y la felicidad.

¡Qué contraste entre el estado de aquellas felices poblaciones en el momento en que las

descubrieron los europeos para llevarles el genio del antiguo mundo, y el estado en que aquellos desgraciados indios cayeron en pocos años después de aquella visita de sus pretendidos civilizadores! ¡Qué misterio de la divina Providencia el de aquella visita inesperada de Colon a un nuevo mundo, al que cree llevar la virtud y la vida, y en el que siembra, sin sospecharlo, la tiranía y la muerte!

XXI.

El piloto de Colon, procurando penetrar sucesivamente en todas las ensenadas y en todas las embocaduras de los ríos de la isla, no pudo evitar un escollo, en el que tropezó mientras que el almirante dormía. El barco, amenazado de quedar sumergido por las olas bramadoras, fué abandonado por el piloto y por una parte de los marineros, que a pretexto de llevar otra áncora a tierra, huyeron a fuerza de remos para meterse en el otro barco, creyendo a Colon condenado a una muerte segura. La energía del almirante salvó de nuevo, no al barco, pero sí a sus compañeros. Luchó contra las rompientes hasta que se desunió la última tabla, y colocando a su gente en una balsa, abordó como naufrago a aquella misma costa a que acababa de abordar como conquistador. Al punto fué a recogerle el único barco que le quedaba. Su naufragio y su infortunio no resfriaron la hospitalidad del cacique de quien había sido huésped pocos días antes. Aquel cacique, llamado Guacanagari, primer amigo, y muy pronto primera víctima de aquellos esirangeros, derramó lágrimas de compasión por el desastre de Colon, y ofreció su morada, sus provisiones, sus socorros de toda especie a los españoles. Los restos del naufragio, las riquezas de los europeos arrancadas a las olas y estendidas en la playa, quedaron preservadas como cosas santas de toda violación y hasta de toda curiosidad importuna. Aquellos hombres que no conocían la propiedad entre sí, parecían reconocerla y respetarla en unos huéspedes desgraciados. Colon se enterneció en sus cartas al rey y a la reina, al hablar de la generosidad tan natural de aquel pueblo.

«No hay en el universo, escribe, mejor nación ni mejor país. Sus habitantes aman a sus prójimos como a sí mismos, usan siempre un lenguaje dulce y afable, y tienen la sonrisa en la ternura en sus labios. Van desnudos, es cierto, pero vestidos con su decencia y su candor.»

Colon, después de entablar con el joven cacique relaciones de una estrecha é ingenua hospitalidad, recibió de él como regalo algunos adornos de oro. A la vista del oro, la fiso-

nomía de los europeos espresó subitamente tanta codicia y ferocidad en el deseo, que el cacique y sus súbditos se sorprendieron y alarmaron por instinto, como si sus nuevos amigos hubiesen cambiado de pronto de naturaleza y de disposiciones respecto de ellos.

Esto era demasiado verdad. Los compañeros de Colon no buscaban mas que las riquezas fantásticas de Oriente, mientras que él buscaba una parte misteriosa del universo. La vista del oro había escitado su codicia, su semblante se había puesto áspero y violento como su pensamiento. El cacique, sabiendo que este metal era la divinidad de los europeos, les esplicó, mostrándoles las montañas que había detrás de aquellas cimas, una region que producía con abundancia este oro. Colon no dudó ya de haber dado con el manantial de aquellas riquezas de Salomon, y preparándolo todo para su pronto regreso a Europa, a fin de anunciar su triunfo, construyó un fuerte en la aldea del cacique, para dejar allí una parte de sus compañeros con seguridad durante su ausencia. Eligió entre sus oficiales y sus marineros cuarenta hombres escogidos, y los puso bajo el mando de Pedro de Arana. Quedaban encargados de recoger nociones acerca de la region del oro, y de sostener a los indios en el respeto y la amistad de los españoles. Partió para volver a Europa, colmado con los donativos del cacique, y trayendo todos los ornamentos de oro puro que había podido adquirir durante su permanencia, en cambio de cosas insignificantes.

Costeando los alrededores de la isla volvió a encontrar a su infiel compañero Alonso Pinzon. Bajo pretexto de haber perdido de vista al almirante, Pinzon había caminado aparte. Oculto en un lugar profundo de la isla, había saltado en tierra, y en vez de imitar la dulzura y la política de Colon, había ensangrentado sus primeros pasos. El almirante, al encontrar a su teniente, fingió dar crédito a sus disculpas, y atribuir su deserción a la oscuridad de la noche. Mandó que le siguiera con su nave a Europa. Se embarcaron juntos impacientes de anunciar a España la nueva de su maravillosa navegacion. Pero el Océano que los había llevado a merced de los vientos alisios hasta la costa de América, parecía con sus vientos y sus olas contrarias quererlos rechazar obstinadamente de la tierra que anhelaban volver a ver. Colon, gracias a sus conocimientos náuticos y a sus notas de cálculo, cuyo secreto guardaba a sus pilotos, sabía solo el camino y evaluaba solo la verdadera distancia.

Sus compañeros se creían aun a millares de leguas de Europa; Colon percibió bien pronto las islas Azores, terribles vendavales, nubes amontonadas, relámpagos, rayos que nunca habían visto encenderse en el cielo y apagar en el mar, olas montañosas y espumantes que hacían balancear las naves, insensibles a

las velas y al timon, abrieron y cerraron durante seis dias y seis noches su tumba y la de sus compañeros á las puertas de su patria. Las señales que se hacian las dos embarcaciones en las tinieblas desaparecieron. Creyeron la una la pérdida de la otra, flotando entrambas á merced de una eterna tempestad entre las Azores y la costa de España. Colon que no dudaba que la *Pinta* fuese sepultada con Pizon en los abismos, y cuyas velas despedazadas y cuyo timon entregado á las olas no dirigia ya el esquinete, esperaba á cada instante que desapareciesen bajo aquellas montañas de agua, que subian y bajaban con su espuma. Habia hecho el sacrificio de su vida, pero no podia sin desesperacion hacer el sacrificio de su gloria. Sentir el misterio del descubrimiento que traia al antiguo mundo sepultado por los siglos de los siglos con él tan cerca del puerto, era un sarcasmo tan cruel de la Providencia que no podia doblegarse ni aun á su piedad. Su alma se rebelaba contra este juego de la muerte. Morir poniendo solamente el pie en la ribera de Europa, despues de haber depositado su tesoro y su secreto en la memoria de su pais, era un destino que aceptaba con alegría, pero dejar morir un segundo universo, por decirlo así, con él, y llevar á la tumba la palabra al fin encontrada de este enigma del globo que los hombres sus hermanos, buscarian acaso en vano durante tantos siglos, era un millon de muertes en una. El no pedir á Dios en sus súplicas y á todos los santos de España, mas que llevar al menos á la costa con sus despojos, las pruebas de su descubrimiento. Sin embargo, las tempestades se sucedian á las tempestades; la nave estaba llena de agua, las miradas hostiles, los murmullos irritados ó el silencio de sus compañeros le reconvenian la obstinacion que los habia seducido ó obligado á aquella fatal travesía. Todos miraban aquella prolongada cólera de los elementos como una venganza del Océano, celoso de que un hombre audaz le hubiese arrebatado su misterio. Hablaban de arrojarle al mar para obtener por una ruidosa expiacion el apaciguamiento de las olas

XXII.

Colon, despreciando aquellos signos de cólera, y únicamente preocupado de la suerte de su descubrimiento, escribió sobre pergamino muchas relaciones cortas acerca de su descubrimiento; encerró unas en una bola de cera y otras en cajas de cedro, y arrojó estos testimonios al mar, para que la casualidad los hiciera flotar un dia hasta la ribera. Se dice que una de estas cajas entregadas á los vientos y á las aguas, anduvo nadando durante tres si-

glos y medio sobre la superficie del mar, y que el marinero de un navio europeo embarcándose en una lancha para ir á su nave, hace algun tiempo, en la costa de Africa enfrente de Gibraltar, recogió una nuez de coco petrificado, y la trajo á su capitán como una vana curiosidad de la naturaleza. El capitán, abriendo la nuez para asegurarse si la almendra habia resistido al tiempo, encontró, debajo de la corteza, un pergamino sobre el cual estaba escrito en letras góticas, descifradas por un erudito de Gibraltar, estas palabras: «No podemos resistir un dia mas á la tempestad; estamos entre España y las islas descubiertas de Oriente. Si la carabela se hunde, pueda alguno recoger este testimonio.—CRISTOBAL COLON.»

El Océano habia guardado trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no le devolvía á Europa sino despues que la América colonizada, floreciente y libre rivalizaba con el antiguo continente. Juego de la suerte para enseñar á los hombres lo que hubiera podido quedar oculto tantos siglos, si la Providencia no hubiese prohibido á las olas sumergir á Colon, su gran mensajero.

XXIII.

Al dia siguiente gritaron ¡tierra! Era la isla portuguesa de Santa Maria, situada á la estremidad de las Azores. Colon y sus compañeros fueron rechazados de ella por la envidiosa persecucion de los portugueses. Nuevamente entregados á todas las fatalidades del hambre y de la tempestad durante muchos dias, no entraron hasta el 4 de marzo en la embocadura del Tajo, donde al fin echaron el áncora sobre una costa europea, pero rival de los españoles. Colon, presentado al rey de Portugal, le hizo la relacion de sus descubrimientos, sin descubrirle el camino, temeroso de que este príncipe se apoderase de las flotas de Isabel. Los portugueses de la corte de Juan II, rey de Portugal, aconsejaron á este príncipe mandara asesinar al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto y los derechos de la corona de España sobre las nuevas tierras. Juan II se indignó al oír semejante consejo. Colon honrado por él, envió por tierra un correo á sus soberanos, para anunciar su éxito y su próxima vuelta por mar á Palos. Allí desembarcó el 15 de marzo al rayar el dia en medio de una multitud embriagada de gozo y de orgullo, que se lanzaba al mar para conducirlo en triunfo á tierra. Cayó en los brazos de su amigo y de su protector, el pobre prior del convento de la Rábida, Juan Perez, que solo le habia creído, cuya creencia era recompensada con un nuevo mundo. Colon fué descalzo y procesionalmente á la iglesia del monasterio para darle gracias

por la gloria de su conquista. Un pueblo entero le seguia bendiciéndole á la puerta de aquel humilde convento donde habia pedido, solo y á pie con su hijo, algunos años antes la hospitalidad de los mendigos. Jamás hombre alguno entre los hombres ha legado á su patria y á la posteridad tal conquista desde el origen del globo, excepto aquellos que trajeron á la tierra la revelacion de una idea; y esta conquista de Colon no habia costado hasta entonces, ni un trimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima á la humanidad. Los dias mas deliciosos de su existencia fueron aquellos que pasó descansando en el monasterio de la Rábida, al lado de su huésped y de su amigo el prior del convento, y abrazando su hijo.

XXIV.

Y como si el cielo hubiese querido que llegase al colmo su felicidad y vengarlo de la envidia que le perseguia, Alonso Pinzon, comandante de su segunda nave, entró al dia siguiente en la *Pinta* en el puerto de Palos, donde esperaba adelantar á su jefe y robarle las primicias del triunfo. Pero engañado en su culpable designio, y temiendo el castigo de su desercion revelada por el almirante, Pinzon murió de dolor y de envidia al llegar á la orilla, y viendo la nave de Colon anclada en el puerto. Colon era demasiado generoso para alegrarse y mucho menos para vengarse, y la celosa Nemesis de los grandes hombres parecia espirar á sus pies.

TERCERA PARTE.

I.

Isabel y Fernando, informados de su regreso y de su conquista por el mensaje que el almirante habia enviado de Lisboa, le esperaban en Barcelona con triunfos y munificencias dignas de la grandeza de sus servicios. La nobleza de España acudió allí de todas las provincias para rendirle pleito homenaje. Entró como triunfador y como rey de futuras monarquias. Los indios traídos por la escuadra, como una prueba viviente de la existencia de otras razas humanas sobre aquellas tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo, con el cuerpo pintado de diferentes colores y adornados de collares de oro y perlas; los animales y las aves, las plantas desconocidas, las piedras pre-

ciosas recogidas sobre aquellas riberas, iban colocadas en vasijas de oro llevadas sobre la cabeza de los esclavos negros. La ansiosa multitud se apiñaba; los rumores fabulosos circulaban por entre los oficiales y los compañeros de gloria del almirante. Colon, montado sobre un caballo del rey, ricamente enjaezado, aparecia despues, escoltado por una numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros de todas órdenes. Todas las miradas se concentraban en este hombre inspirado de Dios, que fué el primero que recorrió el velo del Océano. Se buscaba en sus facciones el signo visible de su mision, y se creia verle allí. La belleza de sus facciones, la magestad de su fisonomia, el vigor de la eterna juventud junto con la gravedad de los años, el pensamiento bajo la accion, la fuerza bajo sus blancos cabellos, el sentimiento intimo de su valor junto con la piedad hacia Dios, que le habia elegido entre todos, el reconocimiento hacia sus soberanos, que le devolvian en honores lo que él les traia en conquistas, convertian en este momento á Colon, dicen los espectadores de su entrada en Barcelona, en una de aquellas figuras proféticas y heróicas de la Biblia. El pueblo le arrojaba palmas en señal de adoracion.

«Ninguno se media por él, dicen, todos creian ver al hombre mas grande, y al hombre mas favorecido del cielo.» Isabel y Fernando le recibieron sentados sobre su trono, y se levantaron al verle como si se hallaran en la presencia de un enviado del cielo. Despues le mandaron sentar al nivel de su trono, y escucharon la relacion solemne y circunstanciada de sus viages. Al terminar esta relacion, donde la elocuencia y la poesia que salian de los labios del almirante, encendieron su santo entusiasmo, el rey y la reina, conmovidos al extremo de verter copiosas lágrimas, cayeron de rodillas y entonaron como una piadosa exclamacion el *Te Deum*, himno de la mas grande victoria que el Todopoderoso concedió jamás á ningun soberano.

Despacháronse al punto correos para llevar á todas las cortes de Europa la gran noticia y el nombre triunfal de Colon. La oscuridad, que hasta entonces habia rodeado su vida, se cambió en un resplandor y un eco que llenaría la tierra. El descubrimiento del pobre geógrafo de Córdoba fué la conversacion del mundo. Colon no dejó que su alma se engriese con aquellos honores tributados á su nombre, ni que se humillara su modestia con las envidias que principiaron á surgir en torno de su gloria. Un dia que fué invitado á comer con Fernando é Isabel, uno de los convidados, envidioso de aquellos honores tributados al hijo de un cardador de lanas, le preguntó astutamente si creia que ninguno mas que él hubiera descubierto aquel otro hemisferio, en el caso de que él no hubiera nacido. Colon no respondió á la pregunta por temor de decir demasiado, ó demasiado poco de si mismo. Pero tomando un hue-